

dres y Verulam fueron destruídas y degollados ó crucificados sus habitantes, hombres, mujeres y niños. Según cálculos, perecieron ochenta mil aliados ó ciudadanos.

Habiendo acudido Suetonio á la isla de Mona, no pudo reunir más que diez mil hombres. Ofreció, sin embargo, la batalla al inmenso ejército de los bárbaros, cuyas filas recorría Boadicea en su carro con sus dos hijas conjurándoles que vengaran su honor y su libertad. «Si es preciso morir hoy, les decía, muramos: yo os daré ejemplo de valor.»

La batalla fué lo que debía ser con un general y unos soldados como los que defendían la causa de Roma aquel día. Quedaron en el campo de batalla hasta ochenta mil bárbaros, entre hombres y mujeres, porque llevaron á sus



Popea (Museo del Louvre)

mujeres para que presenciaran su triunfo; Boadicea cumplió su palabra; se envenenó; y la provincia volvió á caer de este solo golpe bajo el yugo de los romanos (61).

Pero Suetonio perdió allí su mando. Denunciado á Roma por el procurador imperial, á causa de su severidad, vió llegar á un liberto de Nerón que sometió su conducta á una información, y el glorioso general, vencido por un esclavo, fué destituido (61).

Las legiones romanas mantenían pues su antiguo renombre así en Occidente como en Oriente, y gracias á su valor, aun se podía creer que el imperio estaba bajo la enérgica y prudente dirección de sus primeros caudillos. Pero esta habilidad, esta moderación del gobierno imperial dependía de dos hombres, de Burro y de Séneca: el primero murió el 62, no sin algunas sospechas de envenenamiento. Nerón le dió por sucesor, como prefecto del pretorio, al impuro Sofonio Tigelino. Disgustado en su aislamiento, quiso Séneca abandonar la corte entregando sus inmensas riquezas al príncipe, que lo reconvino por lo que le parecía desafecto y lo retuvo á su lado; pero el filósofo, bien que conservara sus bienes, despidió á sus cortesanos, cerró su casa y

con pretexto de estudios vivió lejos de los negocios públicos.

Era demasiado pronto ó demasiado tarde; más bien esto último. Muerto Burro y alejado Séneca, se desbordó la tiranía, que si ya se había mostrado por golpes terribles, á lo menos no había oprimido, sino á largos intervalos; pero ahora que quedaron dueños de la corte Tigelino y Popea, vendrán otra vez las extravagancias y crueldades de Calígula. No es que hubiera cambiado Nerón; contenido por unos y excitado por otros, los primeros excesos arrastraron otros mayores.

Tigelino fué nombrado prefecto del pretorio con Fenio Rufo; esta división de facultades no le daba más que la mitad del poder de Burro y por tenerlo íntegro hubo de halagar los caprichos y los odios del príncipe. Hízole creer que Sila, relegado en Marsella, y Plauto en Asia, proyectaban sublevar los ejércitos del Rin y del Eufrates; y Nerón envió á buscar sus cabezas: el uno murió estando tranquilamente á la mesa y el otro en medio de sus habituales ejercicios de gimnástica.

Para sellar su alianza con la concubina Popea, indujo el favorito á Nerón á repudiar á Octavia, suponiéndole comercio adulterino con un esclavo egipcio. Sus libertas fueron sometidas á cuestión de tormento, y algunas cedieron á la violencia de la prueba; pero otras, las más, la resistieron heroicamente y una de ellas rechazó las suposiciones calumniosas de Tigelino con una sangrienta y merecida injuria (1).

Sin embargo, se decretó el divorcio y fué Octavia expulsada del palacio, luego de Roma, y relegada al fin á Campania bajo una guardia de soldados. El pueblo que veía con la mayor indiferencia los destinos del imperio y la vida ó la muerte de los magnates, y sobre todo, las mujeres que más bien se indignan de una injusticia conyugal que de un crimen de Estado, amaban á la hija de Claudio, que había visto sacrificados á su padre, á su madre, á su hermano, y á quien expulsaba del trono y de su tálamo y de su propia casa, á la edad de veinte años, una mujer ambiciosa, sin conciencia ni honor; y cuando la noticia cundió estallaron enojos y murmuraciones, no en secreto, como entre los consulares, sino en alta y amenazadora voz, porque el pueblo podía gritar más, teniendo que perder menos.

Nerón era cobarde, y temeroso ante la actitud del pueblo, volvió á llamar á Octavia. Luego al punto corrió la alegre multitud al Capitolio á dar gracias á los dioses; derribó las estatuas de Popea, cubrió de flores las de Octavia, y haciendo por la primera vez desde mucho tiempo atrás, una manifestación ruidosa en nombre de la moral ultrajada, penetró en el mismo palacio imperial con voces y palabras despectivas para la intrusa y torpe emperatriz; pero aparecieron algunos soldados armados de látigos y aquella muchedumbre de esclavos se desbandó cobardemente. La venganza de Popea fué terrible.

La información hecha entre los esclavos de Octavia no había convencido á nadie, y fué preciso combinar una maquinación más infame. Aniceto, aquel prefecto de la flota que había asesinado á Agripina, era un personaje dispuesto á todo, y se le mandó llamar. Él desembarazará al emperador de su esposa, como lo desembarazó de su madre, cuanto más que esta vez no necesita el puñal ni ningún medio violento; con declararse simplemente cómplice de los adulterios de Octavia y dejarse conducir á un agradable destierro, lo tiene todo hecho. Si acepta, recibirá secretamente grandes riquezas; si rehusa, la muerte y en paz.

(1) *Castiora esse muliebria Octavia quam os ejus* (Tácito, *Ann.* XIV, 60-4).

Aniceto ni vaciló siquiera: se preció en alta voz de haber violado el tálamo imperial, y pasó á Cerdeña á gozar una opulenta infamia.

Entonces Nerón, que echaba en cara su esterilidad á Octavia, la acusó en un edicto público de haber provocado abortos para ocultar sus desórdenes y de intrigar con Aniceto para sublevar la flota de Miseno: con esto la relegó á la isla de Pandataria, adonde muy luego la alcanzó el decreto de muerte. La desgraciada princesa no tenía el temple estoico que exigían aquellos tiempos, y no quería morir. Pero ni sus quejas ni sus lágrimas fueron parte á ablandar el duro corazón de los centuriones encargados de ejecutar el crimen: ligáronle los miembros, le abrieron las venas, y como su sangre helada por el terror corría con mucha lentitud, la metieron en un baño hirviendo, que la ahogó.

Después le cortaron la cabeza y la llevaron á Roma para entregársela á Popea. Era el uso: en el palacio, se cuidaba mucho de verificar las órdenes de muerte y no se descuidaba la impiedad de ultrajar los lívidos despojos. Los sultanes también han guarnecido las puertas del serrallo con trofeos siniestros; pero á lo menos no ultrajaron la muerte.

Todavía hubo hombres casi tan culpables como los tres cómplices de esta infame tragedia: los senadores hubieron de decretar que se hicieran ofrendas públicas en los templos para dar gracias á los dioses de haber salvado al emperador de las tramas de Octavia. En aquel tiempo el senado de Roma valía mucho menos que el populacho.

Siguieron otros asesinatos entre los libertos: Popea quería renovar el palacio imperial: Doriforo murió á veneno por haberse opuesto á su matrimonio; Palas porque hacía esperar demasiado sus inmensas riquezas; el mismo Séneca tuvo que defenderse de una acusación. Una hija que Popea dió al emperador aumentó sus influencias, y para celebrar tan fausto acontecimiento, el senado consagró templos y fiestas religiosas; pero no bien hubo cesado el ruido de los regocijos, cuando murió la niña. Nerón manifestó tanta pena cuanta había sido su alegría, y los Padres conscriptos lo consolaron haciendo de su hija una diosa.

En aquel espíritu, tan ligero como violento, ninguna impresión duraba mucho tiempo. Placeres indignos, desórdenes vergonzosos, sucedieron á las lágrimas, y volviendo á su pasión por el teatro fué á Nápoles á hacer oír al pueblo aquella *vos divina* que sólo había encantado aun á los cortesanos. La prueba no hubo de satisfacerlo, por cuanto trató de pasar á la Acaya á que lo oyeran los griegos «porque solamente los griegos sabían escuchar.» Sin embargo, tuvo buen cuidado de disciplinar á su auditorio. Jóvenes caballeros con un público de cinco mil plebeyos, divididos en cohortes y ejercitados en el arte de aplaudir como y cuando convenía, lo seguían á todas partes. Se les conocía con el nombre de Augustianos (*Augustiani*) y sus jefes tenían cuarenta mil sestercios de sueldo (1).

Pero el populacho de Roma que temía por su subsistencia, si el príncipe se alejaba, hubo de retenerlo: el jefe del imperio era para él, ante todo y sobre todo, el administrador de víveres. Mal impresionado también por un adverso presagio, no pasó adelante el príncipe y probó á su manera su gratitud á una popularidad cuyos motivos juzgaba mal. En Roma mismo se presentó en el teatro y cantó ante todo el pueblo. Para prevenir esta mengua quiso el senado concederle previamente el premio del canto; pero Nerón no lo consintió. «No necesito, dijo, la intervención ni la autorización del senado; quiero la igualdad con mis rivales y coronas que sólo se deban á la equidad de los jueces.»

(1) Tácito, *Ann.* XIV, 15; Suetonio, *Nero*, 25; Dion, LXI, 20.

En efecto, Nerón se sujetó á todas las leyes prescritas á los músicos: á no sentarse, á no escupir, á no sonarse, á no enjugarse el sudor sino con la toga, y después del canto, á hincar la rodilla en tierra, á tender humildemente la mano al público, á solicitar respetuosa y tímidamente la sentencia de los jueces.

Pero no había que confiar demasiado en aquella humilde actitud porque la ley de lesa majestad, y los delatores y los soldados dispersos en las gradas velaban por la inviolabilidad del vanidoso artista. Entonces había un nuevo crimen: aplaudir mal ó estar indiferente: Vespasiano corrió riesgo de la vida por haberse adormecido un momento en una de estas representaciones que duraban días enteros.

Otras veces hacía de las plazas públicas de Roma salas de orgía y libertinaje. No me atrevo á repetir, aun refiriéndome al grave Tácito, la narración de aquella fiesta dada por Tigelino en el estanque de Agripa, rodeado de casas en que las más ilustres matronas competían en cinismo con impuras cortesanas que corrían desnudas en la orilla opuesta: danzas obscenas, cantos lascivos, orgías monstruosas, y, última abominación, el emperador tomando por esposa á un libertino infame, en presencia de los artífices, con el velo nupcial y las antorchas del himeneo. Si se cree que esta vez exagera Tácito, interróguese á Petronio; pero á Petronio se lee, no se cita. Hay pues que renunciar á describir aquella loca sociedad de los herederos de Catón y de Bruto, embriagada de paz, de riqueza y felicidad; olvidada del pasado, que no podía comprender, negligente del porvenir, que no quería sondear, porque creía en un poder fatal que lo arrastraba todo irresistiblemente; tanto más ansiosa de gozar para invertir, para gastar en irritantes desórdenes el momento presente, único de que no dudaba. Formados de lodo y sangre, como se había dicho de Tiberio, aquellos hombres jugaban con la vida, la vergüenza y la muerte, vertían el veneno, coronados de flores, ó herían con la espada entre dos placeres; dando ó recibiendo el golpe fatal, sin remordimiento, casi sin pesar, como al final de una orgía rompen las copas los comensales fatigados y caen.

III. — INCENDIO DE ROMA. LOS CRISTIANOS.

Dichosamente para el mundo, por debajo de aquellos palacios en que habitaba la cínica lujuria, bajo aquella Roma que llama el Apóstol «la gran prostituta que ha corrompido á los reyes de la tierra y embriagado á las naciones con el vino de su impureza», se formaba en las sombras un pueblo nuevo, cuyas creencias y costumbres estaban en contradicción absoluta con las prácticas romanas, puesto que sustituía los goces del cuerpo con las maceraciones, las preocupaciones de la tierra con el amor del cielo, el culto de la vida con el culto de la muerte. Nunca se habían encontrado doctrinas tan opuestas; era inevitable una guerra á muerte, debiendo una de estas dos sociedades matar á la otra. Como era preciso, el representante más depravado de la sensualidad pagana fué el primero que dió el combate.

A mediados del año 64, un incendio que duró nueve días devoró diez de los catorce cuarteles de Roma. Fué el más pavoroso desastre que hubiera sufrido la ciudad desde la invasión de los galos (2); y todavía los bárbaros no quemaron más que un conjunto de cabañas ó sucias casas y algunos pobres templos. ¡Cuántas obras maestras de la Grecia,

(2) El incendio estalló en la noche del 18 al 19 de julio, aniversario de la toma de la ciudad por los galos, y duró seis días y siete noches, volviendo á enardecerse por espacio de tres días más.

cuántos monumentos de la historia de Roma no perecieron entonces!

Los retóricos y los poetas cuyo arte es reemplazar con actores vivos las causas inciertas u ocultas, acusaron sin vacilar á Nerón. Seducidos por la infernal grandeza de la idea que le ocurriera al imperial artista de quemar su capital para reedificarla á su gusto, de destruir todos los recuerdos de la antigua Roma para llenar con el suyo la Roma nueva, nos lo presentan, durante el incendio, de pie en la torre de Mecenas, ó en la cima del Palatino para ver mejor la inmensa destrucción, y allí en traje teatral, con la lira en la mano cantando versos sobre la ruina de Troya, mientras los soldados del pretorio y los esclavos de palacio atizaban el incendio, y se armaban las catapultas y otras máquinas para derribar los muros que impedían el progreso del fuego.

Quisiéramos poder dejar á los poetas esta fiesta babilónica y este crimen á Nerón. Pero Tácito, que acaso se encontraba en aquel tiempo en la ciudad, refiere lo que se decía, aunque sin afirmarlo, y toda su narración da á entender que el fuego que en cálida noche de julio y á favor de un recio viento, había prendido en un almacén de aceite fué uno de tantos accidentes muy comunes en Roma, donde los incendios eran, con la malaria, la eterna plaga. Nerón estaba entonces en su villa de Ancio, á quince ó diez y seis leguas de Roma, y cuando acudió, había devorado ya el fuego su palacio: anduvo toda la noche de aquí para allá, sin escolta (1), dirigiendo los auxilios, y el día siguiente hizo abrir los monumentos de Agripa y sus propios jardines á la gente que había quedado sin asilo. A la ligera se construyeron también cobertizos para que se guarecieran los más pobres; se trajeron muebles de Ostia y de las ciudades circunvecinas y se redujo el precio del trigo á tres sestercios el modio.

Sin embargo, como los pobres habían sufrido mucho, y la multitud necesita siempre un culpable, le echó naturalmente al emperador la culpa del incendio, como le echaba siempre la del hambre. Había, por otra parte, gente interesada en propagar estos rumores para arruinar la popularidad de Nerón en las últimas capas sociales: la conspiración de Pisón estaba entonces en toda su actividad, y aquellos consulares, que, según se decía, se habían visto en medio del desorden (2) excitando los ánimos, formaban sin duda parte del complot.

Por medio de una hábil maniobra torció el gobierno hacia otros las sospechas y dió pábulo á la indignación del pueblo acusando á los cristianos de haber pegado fuego á la ciudad por sus cuatro costados.

Los cristianos estaban entonces, en concepto de la multitud, confundidos con los judíos. Sectarios de la antigua ó de la nueva ley, todos oraban en las sinagogas en los mismos días de fiesta y parecía que adoraban al mismo Dios, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, que les había dado la misma señal de elección, el bautismo de sangre, cuya marca llevaban aún muchos cristianos (3). En Roma, don-

(1) *Huc illuc per noctem cursaret incustoditus* (Tácito, *Ann.* XV, 50).

(2) Después de descubierta la conspiración, uno de los conjurados, interrogado por el mismo Nerón, le contestó: «Te odio porque eres un parricida y un incendiario» (Tácito, *Ann.* XV, 67).

(3) El concilio de Jerusalén no había prohibido las observancias de la antigua ley (50 de J. C.). San Pablo que había hecho prevalecer la doctrina de la libertad evangélica, sometió todavía á Timoteo á la circuncisión «porque los judíos del país no hubieran podido resolverse á recibir las instrucciones de un incircunciso» (Fleury, *Hist. ecclesiast.* I, 34). Pablo recuerda (*Epist. ad Phil.* III, 5) que él estaba circuncidado.

de eran poco numerosos (4), habitaban el mismo cuartel de los judíos, una especie de *Ghetto*, centro de pequeñas industrias y tabucos, donde probablemente comenzaría el incendio. Sin embargo se separaban de los hijos de Israel por su fe en Jesucristo y el dogma de la resurrección (5), por el más amplio espíritu de su doctrina, de que San Pablo acababa de hacerse el gran teólogo en sus enseñanzas á los Romanos y en sus *Epístolas*, sobre todo, en la circular πρὸς Ρωμαίους; á los cristianos de Oriente. Mas como para precisar y mantener el dogma, no tenían libros canónicos, ni organización episcopal, ni concilios, su creencia, todavía en estado de leyenda, transmitida oralmente, tenía algo indeciso y flotante, que en razón misma de su carácter, le permitía extenderse más fácilmente que un estrecho y rígido formulario.

Las nuevas ideas, bajo la forma cristiana ó judía, hacían de vez en cuando algunos prosélitos, porque respondían á las secretas aspiraciones de las almas elevadas y delicadas, que no se satisfacían con la esterilidad religiosa del culto oficial, ni con la sequedad de la orgullosa filosofía de Cénón. Hasta se deslizaban en el palacio del príncipe. Josefo refiere que fué introducido á presencia de Popea por un comediante judío muy querido de Nerón. De ilustre raza entre los suyos, muy erudito, y muy más insinuante y deferente, Josefo se granjeó las simpatías de Popea, la cual, como muchas otras damas de aquel tiempo y de todos los tiempos, mezclaba la religión con el placer. «Tenía un espíritu muy religioso», dice Josefo. Entiéndase que aquella mujer sin corazón, estaba sin embargo turbada en el fondo

(4) No se crea que hubiera en Roma muchos judíos y cristianos en aquel tiempo. En cuanto á los primeros, eran en tiempo de Tiberio unos ocho mil, sin contar las mujeres y los niños (Josefo, *Ant. Jud.* XVII, 3, 1, y XVIII, 3, 5); se relegaron á Cerdeña la mitad; los demás fueron expulsados de Roma y naturalmente no volvieron sino muy poco á poco á una ciudad, donde estaban siempre expuestos á ver renovar contra ellos el decreto de expulsión. En el reinado de Caligula lo tuvieron todo que temer, á pesar del favor que gozaba Agripa, uno de sus príncipes. Volvieron, sin embargo, atraídos por los provechos que esperaban sacar de la gran ciudad. En tiempo de Claudio se les echó otra vez, y no podían ser muy numerosos en el reinado de Nerón. La propaganda les era difícil: tenían algunos prosélitos de la puerta, que escuchaban de lejos las oraciones de la sinagoga, pero muy pocos prosélitos de la justicia, porque muy pocos paganos se sometían á la ley ceremonial de la circuncisión. En cuanto á los cristianos que se reclutaban entre los pobres, pocos de ellos se habían hallado en estado de hacer en los 31 años pasados desde la muerte de Jesús, el largo y costoso viaje á Roma, y la propaganda, por activa que se suponga, no había tenido tiempo de ser muy eficaz.

Resulta de los *Hechos*, XXVIII, 15 y sig., que á la llegada de San Pablo el año 62, los doctores de la sinagoga romana estaban muy ignorantes de la nueva secta (XXVIII, 17) y que los hermanos que salieron á recibir á Pablo á la vía Apia, debían de ser muy pocos, puesto que la débil escolta que conducía ante el prefecto del pretorio á muchos prisioneros de ultramar, los dejó comunicar con ellos. Séneca parece no conocerlos (S. Agust. *de Civit. Dei*, VI, 11) y Persio, que enumera las supersticiones establecidas en Roma bajo el reinado de Nerón (*Sat.* V, 179), no habla más que de los judíos, de los sacerdotes de Cibeles y de los de Isis. Donde quiera que los judíos se habían establecido, y en cada ciudad había una gran colonia, se podían encontrar algunos cristianos. San Pablo los encontró en Puzolo (*Hechos*, XXVIII, 14) y se ha creído leer la palabra *christianus*, escrita con carbón en una pared de Pompeya, lectura problemática, pero no imposible. Los suplicios del año 64, ordenados ruidosamente un día de fiesta, dejaron un recuerdo bastante pavoroso para justificar las palabras de Tácito, de San Clemente y del Apocalipsis sobre la multitud de las víctimas, sin que su número hubiera sido verdaderamente considerable. Aun en Jerusalén era la comunión cristiana bastante escasa y oscura, cuando Josefo no la cita en la enumeración de los partidos religiosos de la ciudad. Ni parece haberla mencionado Justo de Tiberiades que escribió una historia del sitio (Focio, *Biblioth.* 33).

(5) El dogma de la resurrección, que está singularmente velado en los libros del Antiguo Testamento, estaba sin embargo admitido por los fariseos, pero los saduceos lo rechazaban (*Hechos*, XXIII, 8).

de su alma por el gran problema que se agitaba entonces. Los antiguos dioses morían, y ella buscaba un nuevo dios, y muchas otras hacían lo mismo, como por ejemplo aquella Acte, el primer amor de Nerón, cuyas esclavas, según sus inscripciones tumularias, hubieron de hacerse cristianas. Una severa matrona, Pomponia Grecina, que no dejó nunca sus vestiduras de luto, que no reía ni sonreía jamás y fué acusada de supersticiones extranjeras, era probablemente también cristiana ó judía (1).

Había pues en el seno de la sociedad romana, sin excluir las clases más elevadas, infiltraciones de creencias hostiles al antiguo culto. No eran raras, y se ocultaban en las sombras; pero se sentían adelantar sordamente, y algunos tenían la cólera de los dioses á quienes debían irritar aquellas predicaciones impías.

En efecto, judíos ó cristianos, maldecían en sus cánticos la idolatría pagana, y se comprendían lo bastante para saber que Roma, sus dioses, su imperio, eran el objeto de su execración religiosa. ¿Qué debían pensar los que podían leer en griego estas palabras de Isaias?

«El escultor corta un árbol del bosque, un pino que Dios había plantado y nutrió la lluvia del cielo. Toma la mitad para cocer su pan y su vianda, y después de comer y calentarse dice: Bien, ahora tengo calor; este leño ha hecho buen fuego. —Entonces del resto del árbol esculpe un dios, y se inclina y le ruega diciendo: Librame; tú eres mi dios. — ¡Oh! su corazón no es más que ceniza y polvo.»

A pesar del idioma extranjero sus profecías amenazadoras traspiraban afuera. «He visto al impío: estaba más alto que los cedros del Líbano. Y pasé y volví, y ya no estaba. — Jehovah ha roto el cetro de los tiranos, y azotado á los pueblos con el látigo de su cólera. — Tú has caído de lo alto de los cielos, Estrella de la mañana; y estás por tierra, tú que mandabas en todas las naciones. Tú habías dicho en tu corazón: Subiré hasta el cielo; estableceré mi trono más allá de las estrellas; me sentaré en la cima de los montes. — Y ahora los que te ven, se admiran y dicen: ¿Eres tú el que hacía temblar la tierra y precipitaba á los reyes? — Yo me levantaré, dice el Señor; yo borraré su nombre y haré de su país un desierto, que vendrá á ser la morada de los buitres.»

La Escritura está llena de estas amenazas contra los tiranos de Babilonia, que podían tomarse fácilmente por los de Roma, y el Dios único habla en cada página de su omnipotencia que arruinaba la de las divinidades olímpicas.

Por razones políticas y por desdén de este pueblo, había tolerado Roma un culto que era absolutamente contrario al suyo; pero con sus secretas reuniones, que permitían creer prácticas criminales, con aquella adoración de un hombre, muerto en la vil cruz de los esclavos, la nueva secta procedente de Judea inspiraba odios violentos. Tácito, Suetonio, en el siglo de los Antoninos, cuando ya se conocían mejor los cristianos, sólo hablan de ellos con desprecio (2). «Estos desgraciados, dice Tácito, aborrecidos por sus infamias, deben su nombre á Cristo, que fué condenado al suplicio en tiempo de Tiberio. Su muerte reprimió por un momento esta execrable superstición. Pero se ha extendido por Judea, en donde tuvo origen, y ha venido también á Roma, adonde vienen á reunirse y desarrollarse todos los vicios y crímenes del universo» (3).

Después del incendio, algunas voces gritaron: «¡He aquí á los incendiarios!» Y no fué menester más para que la multitud afligida por la gran calamidad, cayera sobre aquellos hombres, enemigos de sus dioses y alejados siempre de sus fiestas y regocijos.

Pero ¿qué voces hostiles fueron aquellas? Las del populacho, en cuyo seno vivían los *judaisantes*, á quienes desde larga fecha devolvía el odio que tenían ellos á los demás pueblos (4); acaso también fueran las que desde el fondo del palacio habían provocado este movimiento de la opinión. Sabido es con qué odio perseguían los sectarios de la ley antigua á los de la nueva. Las predicaciones de San Pablo habían avivado este sentimiento en el seno de la comunidad judía en Roma, y los esclavos ó libertos del palacio, que él mismo había convertido, causaban horror á aquellos judíos que hemos visto protegidos por Popea y admitidos en la familiaridad del emperador. No es imposible que hubieran creído servir á Nerón y á sí mismos indicando á los autores del crimen en aquellos cristianos que se complacían en las ideas de venganzas celestes, de conflagración universal y de destrucción del mundo.

Y había motivo para creerlo, porque si el Apocalipsis, que muestra tan violenta pasión contra la sociedad romana, no estaba escrito aún, estaba ya en la Iglesia el espíritu apocalíptico con su fiebre de destrucción y renovación del mundo.

Este plan, si en efecto se concibió, estaba bien combinado y podía engañar á todo el mundo. Se prendió primero á aquellos á quienes la tortura arrancó las confesiones que arrancara siempre; después y á indicación de ellos «á una multitud de hombres que quedaron menos convictos de haber incendiado á Roma que de ser odiados de todo el género humano.» Así, para satisfacer al pueblo buscó el poder incendiarios, es decir reos de un crimen perfectamente definido; pero no los buscó sino entre los indicados por el odio público y sin duda por los interesados celos de los judíos de la corte.

Cuando Nerón tuvo las víctimas que le eran necesarias y la seguridad de que nadie sacaría la cara por ellas, imaginó el medio de reconciliarse con el populacho, dándole un grande espectáculo en que reservaba un triste papel á los condenados. No era cosa fácil variar las diversiones de los asistentes al anfiteatro: la cruz, el hacha, las tenazas ardiendo, todo esto se veía con frecuencia; arrojar los reos á la hoguera, hubiera sido usurpar los derechos del circo, y enterrarlos vivos suprimiría el atractivo del espectáculo, la vista de las angustias, del dolor y de la muerte. He aquí lo que se hizo: se envolvió á cada uno de los condenados en una piel de animal, y se arrojaron todos ellos á perros furiosos, que muy luego los despedazaron. Todavía era esto una reminiscencia del anfiteatro, y Nerón buscó y encontró algo mejor. Los que quedaban fueron untados con resina y atados á postes, desde donde pudieron contemplar los juegos dados al pueblo en los jardines de palacio; y luego que se hizo de noche, se les dió fuego y sirvieron de antorchas para alumbrar aquella diabólica orgía. Al re-

(3) *Ann.* XV, 44.

(4) *Adversus omnes alios hostile odium* (Tácito, *Hist.* V, 5). Las palabras de Tácito (*Ann.* XV, 44) á propósito de los cristianos... odio generis humani convicti, que se traducen ordinariamente por «enemigos del género humano», no deben sino entenderse en este sentido: condenados por el odio del género humano.

(1) Tácito, *Ann.* XIII, 32. Véase nuestro capítulo LXXXVI. Los judíos, como después de ellos los cristianos, procuraban atraer á las mujeres á sus doctrinas. Los habitantes de Damasco hubieron de formar el proyecto de degollar á los judíos establecidos entre ellos, y para asegurar el golpe se comprometieron á guardar absoluta reserva, porque, dice Josefo (*Bell. Jud.* II, 20), casi todas las mujeres de Damasco pertenecían á la religión judaica. M. Derenbourg (*Historia de la Palestina*, 223) cree que sucedía lo mismo en otros puntos.

(2) ...per flagitia invidios (*Ann.* XV, 44). *Christiani, genus hominum superstitionis nova ac malefica* (Suetonio, *Nero*, 16).